



Vol. 15 No. 1

Marzo de 2012

SEXUALIDAD, FETICHE Y OBJETO

José Antonio Mejía Coria¹
 Facultad de Estudios Profesionales Iztacala
 Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN

El objetivo del presente texto es realizar un breve esclarecimiento sobre el estatuto de la sexualidad y el fetiche en psicoanálisis. Cabe señalar que la sexualidad está anulada en el campo de la ciencia: su interés radica en la función del órgano como fundamento de la biología de la vida, desde esta mirada el sujeto queda fuera del campo del estudio de la vida sexual, la sexualidad queda reducida al puro estatuto orgánico. En primera instancia, la cuestión que guía el presente artículo es la pregunta por lo sexual, pregunta por lo sexual que es pregunta por el estatuto teórico del psicoanálisis. La aproximación hacia el objeto fetiche nos da la posibilidad de plantear la escisión entre la sexualidad como instinto y la sexualidad como perteneciente al campo pulsional, esta última referida al campo de lo puramente humano.

Palabras clave: fetiche, objeto, sexualidad, sujeto.

SEXUALITY, FETISH AND OBJECT

ABSTRACT

The aim of the present text is to realize a brief clarification on the statute of the sexuality and the fetish in psychoanalysis. It is necessary to indicate that the sexuality is annulled in the field of the science: his interest takes root in the function of the organ as foundation of the biology of the life, from this look the subject stays out of the field of the study of the sexual life, the sexuality remains come down to the pure organic statute. In the first

¹ Profesor de Asignatura "A". Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: agalma13@gmail.com

instance, the question that guides the present article is the question for the sexual thing, asks for the sexual thing that is a question for the theoretical statute of the psychoanalysis. The approximation towards the object fetish gives us the possibility of raising the split between the sexuality as instinct and the sexuality as belonging to the field pulsional, the latter recounted to the field of the purely human thing.

Key words: fetish, object, sexuality, subject.

INTRODUCCIÓN.

Desde Freud, la sexualidad es toda actividad puesta al servicio de la búsqueda y obtención de placer. Existen diversos discursos acerca de la sexualidad ya sea la concepción biologicista, normativa, disciplinaria, de higienismo, etc. y la sexualidad desde el psicoanálisis. Para entender un poco más esta relación de la sexualidad con la patología, me remitiré a lo que se maneja acerca de las pulsiones, así como la libido. En primer lugar las pulsiones, son el empuje mientras la libido se refiere a la energía de las pulsiones sexuales. La libido se puede entender como las ganas, deseo, aspiración, es decir, la libido es la energía de las pulsiones sexuales que se despliegan en complejos de representaciones inconscientes, ordenan la sexualidad y la investidura de algunas representaciones corporales. Y por tanto esta investidura para en una representación a otra buscando las primeras experiencias de satisfacción pérdidas y por tanto la pulsión no está dirigida a servir a la genitalidad, más bien obedece a la satisfacción del placer. Por tanto para Freud el cuerpo va a ser en su totalidad una zona erógena (Desprats-Péquignot, 1994). Cuerpo como sinónimo de erógeno.

La sexualidad humana se conceptualiza como polimorfa, perversa, aberrante o anormal gira alrededor del falo y desde el psicoanálisis no se ve ligada de manera directa y unidimensional a los genitales ni a lo coital. Es una tensión constante, en tanto que siempre está en la búsqueda de placer y al servicio del erotismo. Freud con sus tres ensayos de sexualidad infantil abre el paso a una nueva percepción de esta ya que para el año de 1905 ni siquiera era concebida la

idea de que existiera sexualidad desde la niñez como parte de una normalidad en su naturaleza. Según Freud la sexualidad es el resultado de un complejo proceso de desarrollo que comienza en la infancia, pasa por una serie de etapas unidas a diferentes funciones y zonas corporales (oral, anal y genital), y se corresponde con distintas fases en la relación del niño con los adultos, especialmente con sus padres. En este desarrollo es esencial el periodo edípico, momento en el que el niño por primera vez es capaz de establecer un vínculo afectivo con su progenitor del sexo opuesto, semejante a la relación de un adulto con su pareja, con lo que el progenitor del mismo sexo es considerado un rival. La sexualidad retomada desde la posición freudiana habla de una separación explícita del discurso de la sexología y de la biología en tanto que hablan de un objeto adecuado, predeterminado instintualmente para la satisfacción del individuo.

Freud realizó una verdadera ruptura epistemológica ante la posición de la sexología desarrollada hacia fines de del siglo XIX como ciencia natural del comportamiento sexual, al separar la sexualidad de sus fundamentos biológico-anatómico-genital, para estudiar su representación subjetiva, y por ende social. Por lo tanto, el psicoanálisis no se encarga del sexo como diferencia anatómica, sino de la sexualidad como construcción psíquica, como posición del sujeto ante el deseo, deseo que se diferencia del amor en la medida en que el amor está ligado de manera estrecha al cuerpo, deseo que se distingue asimismo de la necesidad porque su satisfacción depende de condiciones fantasmáticas que determinan la elección del objeto como el tipo de actividad sexual. Es importante mencionar que en psicoanálisis, la relación del sujeto con el objeto, es una relación de exterioridad, el objeto no está “dentro” del sujeto, le ex-iste, es ese algo que desde la exterioridad hace efectos en la constitución psíquica subjetiva. Por esta razón, en la teoría del psicoanálisis se encuentran un conjunto de conceptos, los cuales no se refieren al sexo como un fenómeno evidente, por ejemplo: pulsión, libido, fantasma, apoyo (apuntalamiento) o bisexualidad.

Lo anterior es planteado por Freud en *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), el estudio de las perversiones, el abordaje sobre la sexualidad infantil como polimorfa-perversa, la constitución del sujeto en tanto efecto del deseo, son

evidencia de que lo propuesto por Freud ubica al sujeto como precipitado de un entramado subjetivo en el que sin otro (acá Padre y Madre), por lo tanto en los siguientes párrafos trataremos de articular los elementos implicados en la constitución sexual del sujeto. En primer plano, para poder hablar de constitución sexual en psicoanálisis, es necesario abordar el concepto de pulsión, este concepto proviene del alemán *Trieb* que significa empujar, y lo mismo sucede con la pulsión que en latín significa empujar (pulsio); la pulsión es una fuerza relativamente indeterminada en lo que respecta al comportamiento que dará lugar se refiere al carácter irrefrenable del proceso de excitación más que a una finalidad o a un objeto de satisfacción precisos. Es importante diferenciar la pulsión del instinto (en tanto que en ocasiones *Trieb* ha sido traducida al español como instinto), precisamente instinto (*instinkt*) nos remite a un esquema de comportamiento heredado, propio de cada especie animal, el cual no varía o varía muy poco entre un individuo y otro, el instinto está adaptado al objeto adecuado para su satisfacción y responde a una finalidad preestablecida, la cual, en primer plano es la finalidad de la sobrevivencia (reproducción y mantenimiento) de la especie, o en todo caso, la sobrevivencia del organismo. Considerando esto podemos ver que Freud habla de instinto cuando se refiere al comportamiento animal, de manera que al hablar de pulsión establece una ruptura entre el sexo como función biológica (puramente reproductiva) y la sexualidad humana, la cual no es un dato “natural” sino en la cual se apela a una construcción compleja de relaciones intersubjetivas.

I.

El concepto de pulsión aparece en la obra de Freud *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), pero como mencionan Tubert (2000) ya en el *Proyecto de una psicología para neurólogos* aparece una distinción entre dos tipos de excitación que afectan al aparato psíquico, por un lado están las excitaciones externas, de las que el sujeto trata de huir y protegerse (por ejemplo el reflejo de la pupila en el cual se cierran los ojos ante una luz muy intensa), y por otro lado, las excitaciones internas que provienen del propio organismo y de las cuales es imposible escapar.

Allí ya aparece la referencia a este flujo constante de excitación, el cual es la fuente energética que incita a la actividad psíquica y la hace posible, esto en la medida en que la pulsión a diferencia del instinto es indeterminada, pues como Freud la define es “una exigencia de trabajo para el aparato psíquico”, exigencia que “necesita” ser correspondencia pues del trabajo exigido depende toda la actividad psíquica. El concepto de pulsión es básico para el estudio de la sexualidad humana, pues surge del estudio de la misma, pero como efecto de otro orden, el cual difiere del orden orgánico-instintual. La energética que Freud desarrolla con su teoría de la pulsión hace converger dos hipótesis, primero las representaciones mentales están cargadas de energía o de afecto, y por lo tanto la represión es el resultado de un proceso dinámico que excluye la posibilidad de conciencia a todas aquellas que resultan insoportable para el yo; en segundo lugar, se sugiere que lo insoportable, angustioso o intolerable es de naturaleza evidentemente sexual (y mortal como se ve en la segunda elaboración de la teoría de la pulsión, pero que acá ya se vislumbra como evidencia) (Tubert, 2000).

En *Estudios sobre histeria* (1895) Freud habla de la teoría del trauma, es decir, la etiología de la histeria se remitía a que la histérica había “sufrido” una seducción en la infancia, misma hipótesis que es modificada a partir de 1897 cuando en una carta a Fliess dice: “mi neurótica me miente...”, a partir de este momento, como lo menciona modifica la teoría, pero seguirá sosteniendo que el fundamento de las neurosis es la represión de los deseos sexuales que entran en conflicto con otras tendencias del sujeto, es en ese momento cuando Freud se ocupa de elaborar una concepción totalmente distinta de la sexualidad, pues introduce el término de fantasma como mediador entre el trauma real y sus efectos subjetivos (Menciona Gerber: la teoría del trauma y del fantasma son solidarios). Freud a partir de ese momento menciona que la etiología de las neurosis radica en “sucesos acaecidos en la infancia del individuo, precisa y exclusivamente a en impresiones relativas a la vida sexual. Es un error desatender por completo como se viene haciendo, la vida sexual de los niños, capaces, según mi repetida y constante experiencia, de todas las funciones sexuales psíquicas y de muchas somáticas” (Freud, 1898, Introducción al estudio de las afasias. Palabra y cosa).

Los efectos que para el sujeto tienen esas experiencias pueden tener en principio un efecto insignificante en la vida del sujeto, el efecto “patógeno” se hace evidente más tarde, en el *après-coup*, *nachträglich*, en épocas más tardías en la vida del sujeto en función de la reactivación de las huellas psíquicas inconscientes de los sucesos sexuales de la infancia. El concepto de realidad psíquica permite pensar estas teorizaciones, pues permite pensar las oposiciones entre lo psíquico y lo biológico, lo interior y lo exterior, lo real y lo imaginario (Tubert, 2000). En *Tres ensayos* Freud fundamenta su teoría sexual, ahí se estudian las perversiones sexuales, la sexualidad infantil y el acceso a la genitalidad a través de las metamorfosis de la pubertad.

Partiendo de un cuestionamiento de las teorías que postulaban que todo el desarrollo sexual tenía como único fin la consumación del acto sexual, Freud elabora su edificio teórico partiendo del desarrollo de la noción de pulsión. En principio Freud entiende la pulsión como “un concepto límite entre lo anímico y lo somático, un representante psíquico de los estímulos procedentes del interior del cuerpo, que arriban al psiquismo, y como una magnitud de la exigencia de trabajo impuesta a lo anímico a consecuencia de su conexión con lo somático” (Freud, 1915). La pulsión se origina de los estímulos corporales que generan tensiones internas de las que el sujeto no puede escapar, por lo tanto sólo sabemos de la pulsión por los efectos, por los representantes psíquicos: la magnitud del afecto y su representación.

Los representantes dan cuenta del destino esencialmente psíquico de la pulsión, que los representantes psíquicos “son de alguna manera delegados de lo somático en lo psíquico, uno de ellos psíquico y el otro energético”, por lo tanto “puesto que la realidad material es inaprehensible como tal, la realidad psíquica corresponde a los deseos inconsciente que se expresan en los fantasmas”. Freud, en 1905 distingue las funciones necesarias para preservar la vida del individuo de la pulsión sexual, cuya finalidad es la consecución del placer, y que sirve de la misma manera para la conservación de la vida de la especie, es obvio que esta dualidad de la pulsión no llega a coincidir de manera total, por lo tanto surge el concepto de libido, la cual designa el aspecto psíquico de la pulsión (que difiere

por ejemplo del concepto de hambre), la libido es una energía claramente diferenciada de la excitación sexual somática, de acuerdo a Freud (Freud, 1922 *Teoría de la libido*) “es la manifestación dinámica de la sexualidad” en la vida anímica, lo cual es retomado en Inhibición, síntoma y angustia en donde Freud plantea que si la tensión sexual no puede ser utilizada mentalmente, se transforma en angustia. La teoría de las pulsiones sufrió algunas modificaciones (a partir de *Más allá del principio del placer*, 1920), pero la noción de libido nunca fue para Freud factor explicativo único, pues sólo la definió siempre en oposición a otro tipo de pulsión, cuyo carácter no es sexual, por eso, si en un principio se trataba de autoconservación (en oposición a la pulsión sexual), más tarde se tratará de pulsión de muerte. El abordaje de la pulsión nos lleva a pensar “fenómenos alejados” del acto sexual en sí (entendido a nivel de genitalidad con un objeto y un fin específicos). El desarrollo de esta noción permite pensar las manifestaciones de la sexualidad infantil, como las perversiones las cuales encuentran su satisfacción con objetos y fines ajenos a la genitalidad. Para esto es necesario definir los elementos de la pulsión, esto es fuerza, fuente, fin y objeto. La fuerza es el empuje, el factor motor de la pulsión, se refiere al carácter apremiante, insistente de la pulsión, el cual constituye su esencia, en sí es la expresión de la energía pulsional misma; la fuente es el órgano en el que se produce la excitación, puede ser cualquier órgano, diversas partes del cuerpo denominadas zonas erógenas, por su capacidad de constituirse en fuente de excitación sexual; el fin es la satisfacción de la pulsión, en términos económicos se diría que el fin es una descarga de energía: la posibilidad de que el organismo alcance una descarga pulsional, que reconduzca la tensión a su punto más bajo y obtenga así la extinción (temporaria) de la pulsión; sin embargo, como menciona Tubert (2000, op. cit. p. 100) “sí como cada una de las pulsiones parciales tiene una fuente particular, también posee un fin específico, un tipo particular de acción o un camino diferente de lograrlo: la excitación adecuada de una determinada zona erógena”; el objeto, es todo aquello que permita la satisfacción de pulsional, o sea que le permita alcanzar su fin, se puede decir que el objeto es la persona (o la parte del cuerpo de la persona) que ejerce la atracción sexual, dice Freud (1915)

“es lo que más variable de la pulsión, no se halla enlazado a ella originariamente, sino subordinado a ella a consecuencia de su adecuación al logro de la satisfacción”.

Toda pulsión es parcial, se origina en diversas zonas erógenas, ya sea oral, anal, escópica, de apoderamiento, etc. Pero estas zonas no generan las pulsiones de una manera espontánea, en cambio son efecto de un añadido de las funciones vitales desempeñadas, Freud dice que esas pulsiones se originan apoyándose (Anhelung: anaclisis, apuntalamiento) en las actividades de autoconservación. Por ejemplo el caso del bebé, su actividad oral en la lactancia es más que ilustrativo para este efecto de explicación: en el placer que el bebé obtiene en succionar el pecho materno, la satisfacción de la zona erógena estuvo al comienzo íntimamente ligada a la satisfacción de la necesidad de alimento, primero, la función corporal le proporciona a la sexualidad su fuente o zona erógena, le indica un objeto, el pecho de la madre y le proporciona un placer que no se reduce al apaciguamiento del hambre, sino que otorga una especie de “placer gratuito”, siempre hay un resto que surge de la satisfacción de la necesidad: por lo tanto la sexualidad se torna autónoma en un segundo momento, se apoya en la consecución de una necesidad para tornarse algo distinto, algo que atañe al campo del deseo. El niño en principio encuentra una satisfacción al cubrir su necesidad de alimentarse con el pecho materno pero más adelante este chupeteo tendrá un carácter de placer sexual su búsqueda será de ese tipo alargándose a la vida adulta, cuando no puede dirigir más ese placer hacia la madre busca dirigirlo hacia alguien encontrando en su propio cuerpo este placer con la auto erotización cambiando de zona erógena, el principio es la madre, es ella el “lugar” donde se aprehende “ser sexuado”, el objeto que fue, fue en principio dado por la madre: a manera de resumen la madre es el primer campo del objeto causa del deseo. Primera escena que el niño tratará de encontrar, y que en ese tratar los desplazamientos que sufrirá su búsqueda lo adentraran en el mundo de la búsqueda imposible del sujeto: el objeto es el eterno ausente, pero para ser ausente tuvo que tener algún día el estatuto de presente, por lo tanto la tragedia humana inicia en el momento en el que es introducido en el juego del deseo.

Debido a la multiplicidad de origen del objeto (el cual nunca es), se puede decir que la sexualidad humana actúa de manera distinta a todo lo que se pensaría como sexualidad normal, pues si la sexualidad humana se caracteriza por algo es precisamente por su “falta” de normalidad, pues es fuente de contradicción y conflicto: el autoerotismo, la relación oral de objeto y el polimorfismo del que habla Freud son las características fundamentales de la sexualidad infantil; características que después de un recorrido “tortuoso” para el sujeto logran reunirse en una síntesis más o menos acabada: en principio surgen apoyándose en las pulsiones de autoconservación y poco a poco se separan de ellas, después eligen su objeto siguiendo el camino que las necesidades vitales les marcan (Digámoslo así: La transmisión del deseo de vida lo da la madre al hijo es ahí donde empieza el proceso de erogenización, más adelante ese niño tendrá que renunciar al objeto prohibido que representa la madre volviéndose una condición necesaria para el sujeto deseante la búsqueda permanente del placer por la falta. La madre es el objeto virtual que es el que queda atrás en donde el sujeto se ve reflejado como en un espejo dejándolo en condición de inalcanzable).

El objeto de la pulsión se caracteriza por su variabilidad, podemos mencionar que el objeto de la pulsión nunca es, el recorrido pulsional de un objeto hacia otro da cuenta de la ausencia del objeto que podría satisfacer de manera “total” a la pulsión.

Como ejemplo de esta variabilidad en tanto ausencia del objeto continuemos diciendo que ante la imposibilidad de satisfacer la pulsión hay mecanismos de derivación que permiten que la pulsión realice un recorrido cuasi ad infinitum: gracias a la capacidad de desplazamiento de la energía pulsional denominada sublimación se puede proporcionar la energía suficiente para organizar actividades totalmente alejadas de sus fines primitivos (Tubert, 2000; Freud, 1905). Las personas adultas subliman y el fin de la pulsión sexual es desviado para fines culturales o sociales existiendo una sofocación la cual es un acto consciente manifestándose en la moral, el asco o la vergüenza: es la introducción del niño en la cultura como efecto de lo que a continuación es desarrollado en el Complejo de Edipo. El complejo de Edipo no se trata únicamente de un conjunto de

sentimientos hacia las figuras parentales, sino que tiene una función estructurante en el sujeto, la cual habrá de producir efectos interesantes en el sujeto: la primera es la elección del objeto de amor, pues este, después de la pubertad estará marcado por la libidinización infantil de los objetos parentales, por las identificaciones inherentes al pasaje por el Edipo y por la prohibición del incesto, el adolescente elegirá un objeto de amor ajeno a la familia inmediata, desprendiéndose de su influencia para acceder a relaciones de intercambio en un medio social más amplio, esto es la denominada exogamia; es interesante notar que de acuerdo a esto el complejo de Edipo articula el reconocimiento entre las generaciones mediatas e inmediatas al sujeto. Otro efecto es el acceso a la genitalidad, la cual en el ser humano a diferencia de los animales, no está garantizada por la maduración biológica.

La sexualidad infantil supone la instauración de la primacía del falo, pero no se establece la genitalidad adulta hasta que no se resuelve la crisis edípica por medio de la identificación. Y por último produce efectos sobre la estructuración de la personalidad, particularmente sobre la formación del superyó y del ideal del yo (Tubert, 2000). Menciona Tubert (op. cit. p. 114) que el complejo de Edipo no debe reducirse un hecho empírico, esto es a la influencia que en el niño ejerce la pareja parental, aunque, indudablemente, un papel importante le corresponde al deseo inconsciente de cada uno de los padres entre sí. Su eficacia se debe a que hace intervenir una instancia prohibidora, que impide el acceso a la satisfacción y vincula indisolublemente el deseo y la ley, tal como lo trabajó Lacan, pues en efecto el niño no puede superar el complejo de Edipo y acceder a la identificación con el padre si no ha atravesado la crisis de la castración, es decir, si no se le ha prohibido la utilización de su pene como instrumento de deseo por la madre. Por lo tanto el complejo de castración debe ser referido al orden cultural, en el cual el derecho a cierto uso (cualquiera que sea éste) es siempre correlativo de una prohibición.

Es necesario entonces mencionar lo que Massota (retomándolo de Lacan y el Seminario 5 *Las formaciones del Inconsciente*) dice respecto al Edipo: La estructura edípica, debe entenderse en tres tiempos. El primer tiempo: "es el idilio

del amor de la madre y el hijo, amor atravesado, bien entendido por la contradicción que roe la erogenización del cuerpo del hijo: idilio en mal lugar, donde lo inmediato de la relación de dos cuerpos esta transida por la prohibición”, segundo tiempo: “Emerge aquí el padre como figura capaz de llevar a cabo la función de corte. Es el momento que Lacan llama del “padre terrible”; doble prohibición”, tercer momento: Reaparece el padre pero bajo forma de padre permisivo, condición de acceso a la mujer bajo el modelo de madre prohibida”. El padre se ofrece como polo de las identificaciones sexuales del hijo, simultáneamente de sus ideales sociales” (Massota, 1976). No se puede reflexionar sobre el Edipo sin introducirnos en la cuestión del falo, el falo no es el pene, es más bien la premisa universal del pene, es decir, la loca creencia infantil que no hay diferencia entre los sexos, la creencia de que todo el mundo tiene un pene” (Massota, ibíd.) Lo interesante de la posición de Freud, no consiste entonces en el descubrimiento de que la sexualidad comienza a estructurarse desde muy temprano, sino además que esa sexualidad se estructura entorno a una falta: por el Falo, por donde hay falta o por la pulsión, la que no tiene determinado su objeto. Podríamos decir para resumir que en la teoría de Freud la falta tiene lugar teórico.

En tanto esta vida sexual implique una relación con el otro, le permite que se instaure, que introduzca el significante y la dimensión del orden simbólico. Esto quiere decir que mediante la palabra el sujeto va a dar cuenta de que se encuentra en un orden simbólico, que está dentro de la cultura. Que le permite acceder a ella, y que de alguna manera le permite ser sujeto sujetado a ese mismo orden simbólico y sujetado al deseo.

Laplanche (En Desprats-Pequignot, 1994) menciona que esta figura simbólica de seducción será la madre, la madre va a implantar la sexualidad en el niño por medio de la seducción hacia él, ya sea con palabras, caricias, besos, etc. la madre “seduce” al niño, lo inserta en el campo de la sexualidad, transmisión de deseo, despierta el interés sexual en el niño. La madre no solo introduce la necesidad básica de alimentación, sino que también deja en el niño una huella mnémica, deja ese recuerdo de satisfacción en el sujeto, quien posteriormente va

a buscar quiéralo o no en diversidad de objetos la satisfacción más cercana a la denominada primordial. La pérdida del objeto va a capturar al sujeto en el lenguaje del Otro, de esa forma la satisfacción que se tuvo en el objeto inicial se buscará en lo real. Este es el modelo a seguir para satisfacer la pulsión. Por lo tanto este deseo (inconsciente) va a determinar el peso que se tenga en las elecciones de los objetos y de amor (en relación al Otro). Una vez que se efectúa la investidura libidinal del objeto exterior al sujeto presupone la integración y coordinación de las pulsiones y da paso a la autonomía de las zonas erógenas. En este caso Freud determina la organización anal, oral y fálica, modos de organización que a su vez están anudados con el ideal del yo, el yo ideal y superyó, etc. estas organizaciones se entrecruzan ya que las pulsiones están presentes en las tres organizaciones, aunque en ocasiones solo se dé cuenta de una de ellas. Pero antes de una fase genital existe un periodo de latencia. La fase fálica es correlativa a la castración que tiene que ver con todo un entramado que hace el niño, y por su puesto en relación al Edipo. En consecuencia el niño se piensa en un solo genital y por tanto en la castración de la madre, el niño se ve amenazado por la representación de pérdida. En tanto se reconoce como hombre y mujer, niño y niña, se identifican que la madre encarna. Idealmente, a partir de este acceso a la ausencia, el sujeto es introducido a cierta vía de legislación que opera a partir del nombre del padre.

Pero es en el caso del fetichismo que algo sucede que no deja acceder a esta vía. Pero antes de pasar al fetichismo es importante hablar de las perversiones: "La perversión está ligada a un conjunto de procesos psicosexuales intervinientes en la economía y dinámica de la organización de la vida libidinal. Se explica así que los rasgos perversos se asocien a la sexualidad de sujetos considerados normales. Del mismo modo pueden ser puestos en relación, por ejemplo el fetichismo, y la sobrevaloración del objeto sexual en el amor." (Desprats-Pequignot, 1994)

Al relacionar pues la sexualidad perversa polimorfa del niño, la perversión y la sexualidad llamada normal del adulto, Freud ubica la perversión no como desviación con respecto a una norma sexual sino en la propia línea del desarrollo

psicosexual. En la perversión uno de los componentes de la pulsión sexual ha salido vencedor, manifestándose o bien solo, o bien después de haber subordinado los otros a sus fines.

II.

Una vez asumida como norma la organización genital, todas las formas de regresión o fijación a estadios anteriores, en los que la sexualidad se manifiesta mediante pulsiones parciales estrictamente vinculadas a las diferentes zonas erógenas, se consideran perversas. Freud en Tres ensayos de teoría sexual define la perversión como el negativo de la neurosis en el doble sentido de que a) el perverso actúa impulsos que el neurótico reprime; b) frente a la angustia el perverso se defiende con regresiones a formas de sexualidad infantil, mientras el neurótico adopta otras formas de defensa, posteriores o sustitutivas a la represión. Para hablar de fetichismo, hay que hablar de las pulsiones, en este lugar, en esta estructura se habla de que las pulsiones no son parciales, por tanto, en el objeto de la pulsión cuenta con la característica de ser parcial. En la perversión hay un desmentida, hay negación del objeto parcial, se le rinde culto a la existencia de aquel objeto que funciona como uno, niega la rajadura existencial, la escisión efectuada por el orden del lenguaje trastocado como ley. Para el perverso el objeto existe como totalidad, aparece desde lo real haciendo función de obturación, de taponeo del deseo: el perverso, en el fetiche, se muestra como aquel sirviente de Dios que va a deslumbrar al prójimo haciéndolo gozar: allá donde había un agujero se coloca el objeto que hechiza, hipnotiza al semejante, el perverso no goza, actúa para que el otro especular goce. Señalemos: el goce no es parcial, el goce se presenta como totalidad incierta, explosión ante la culminación aparente de lo uno. Antes de seguir, regresemos al planteamiento de Freud, retomado por Desprats-Pequignot: "Freud hace ver que en caso del fetichismo, la desmentida de la realidad recae electivamente sobre un punto: la ausencia de pene tomada como castración y no como diferencia, lo cual da testimonio del privilegio otorgado al fantasma infantil".

El fetichista desmiente la deferencia de los sexos, para el fetichista la madre tuvo pene, pero por alguna extraña razón (que después de todo no es tan extraña porque tiene que ver con la función del padre, de la cual, el fetichista nada quiere saber) la mujer o mejor dicho la madre pierde el pene, entonces, por esta misma razón de que el fetichista no quiere saber nada de la función de padre y además de la relación subjetiva con la madre, el fetichista no logra dar cuenta de la diferencia de los sexos, de que la madre nunca perdió su pene porque la madre posee una vagina. Para el niño, la relación con el fantasma, será la relación con el otro, con el objeto fetiche que en este caso como se describe la mayor parte del tiempo es de origen femenino, por lo que se comentaba, no hay diferencia para el niño entre un hombre y una mujer, para él hay una pérdida en relación a la castración. Perdida insostenible, ante la cual la emergencia del objeto fetiche hace función, función desde lo real ante el apabullamiento del fantasma. La descripción de Freud observa tres tiempos en la conformación de la Perversión: El descubrimiento y el reconocimiento, en primer lugar por el varón, y en menor grado por la niña, de dos categorías de seres: los que tienen pene y los que no lo tienen, el estupor y el espanto de este descubrimiento determinan en el varón el temor a una castración cuya ejecución es atribuida generalmente por el padre, por la función del padre. El segundo tiempo es el del rechazo, el de la desmentida de la representación de la castración, renegación, (sería "no es verdad que..."), proposición que combate la angustia y la amenaza de castración. Por último, una solución de compromiso mantiene las dos proposiciones contrarias en el inconsciente, que pueden admitirlas, lo que favorece una escisión subjetiva (o escisión del yo) que incluyen tanto la desmentida como el reconocimiento de la castración, aquí se instala la perversión: sí, sé que existe la castración, pero aun así pongo algo allí donde falta (fetiche). Esa amenaza que siente el niño en cuanto a la castración entra por sus ojos y posteriormente se guiará a un objeto que determine la condición del goce (Chemama y Vandermerch, 2004). En este sentido menciona Desprats-Pequignot (1994):

Un “atributo” femenino percibido inmediatamente antes del descubrimiento increíble, se constituye en pantalla para encubrir la ausencia del pene y resulta colocado en posición de objeto “causa del deseo”, la desmentida de la realidad plasmada en la creación de un fetiche permite el encuentro sexual con cualquier mujer portadora del atributo fálico.

La elaboración de este objeto fetiche tiene como objetivo cubrir, o tapar cualquier pérdida, (por eso el fantasma infantil presente), así como alguna intervención con la alteridad que implique el mostrar la falta, mostrarse sujeto a los efectos de la castración. Por tanto la elaboración de este objeto, es una formación de compromiso, es decir, va a permitir que el fantasma acceda a la realidad pero siempre y cuando sea disfrazado, en este caso a manera de objeto fetiche: el perverso sabe de la castración, pero aun así desmiente esta por medio del objeto fetiche.

Si hay dominancia de las pulsiones parciales, la inclinación es hacia la perversión. Freud entiende que lo patológico se produce cuando la perversión no surge al lado de lo “normal” (metas y objetos sexuales) sino cuando esta ha reprimido y remplazado a lo normal en todas las circunstancias, entonces encontramos –en la exclusividad y fijación, por consiguiente, de la perversión— aquello que nos autoriza a considerarla como un síntoma patológico. Se trata de dos criterios decisivos en el abordaje de la perversión que remiten a cierta forma de organización del deseo (no a problema de conductas o fantasmas) (Desprats-Pequignot, 1994). Freud muestra que el fetichista desmiente esta diferencia de sexos la cual es interpretada como “castración” de la madre, esta desmentida, con la que ella implica en cuanto a la posición subjetiva respecto del deseo, es la que ordena en este caso las condiciones de goce: En el perverso todo se presenta como si ante todo él debiera trasgredir constantemente una ley y como si además tuviese que sustituirla por la ley de su deseo. En cierto modo el futuro perverso no quiere saber nada de lo que lo somete a la castración simbólica y por lo tanto a la función paterna, mantiene así el fantasma infantil de madre fálica/castrada (Desprats-Pequignot, 1994).

CONCLUSIONES.

Finalicemos el presente texto con una revisión del estatuto del saber y el fetiche. La ciencia a través de los tiempos se ha adjudicado el lugar del saber único, saber que permite establecer de qué manera se tiene que acceder al conocimiento. Cabe señalar que el camino trazado por la ciencia pretende establecer el lugar de la unidad referencial, vía regia para acceder al conocimiento de las cosas. El método desde este punto de vista es fundamental. La ciencia excluye al sujeto de su campo de estudio (Lacan, 1962). Aunque cabe mencionar: Método, conocimiento, unidad, se dislocan ante la emergencia del sujeto del inconsciente articulado de manera radical en la figura del fetiche. El sujeto freudiano es el sujeto atormentado por los efectos del lenguaje, por la volcadura de lo establecido, por el revés de las palabras, por la liquidez de los objetos. El fetiche es eso que se coloca en el lugar donde se vocifera la ausencia insoportable efecto de la castración. Ahí donde la ausencia provoca el desconcierto del sujeto, se coloca un algo, quizá un Dios, quizá un método, quizá una palabra que aminore la pesadez que provoca la ausencia, la falta.

Para el psicoanálisis el fetiche es una cuestión básica para aproximarse a lo incomprendible de la sexualidad humana, la sexualidad humana no se reduce al campo orgánico, de la simple reproducción de la especie, hay un exceso en el hombre, un exceso del que da cuenta la variabilidad del objeto de la pulsión. Y no sólo a la sexualidad humana, la sexualidad está ligada al saber, a la imposibilidad de saber sobre la causa del saber. La diferencia del instinto que satisface a la necesidad y la pulsión que intenta satisfacer ese deseo (que por definición es imposible de satisfacer) de objeto es un punto importante, por no decir básico, de la creación freudiana. No hay animales fetichistas, la perversión en el sentido lato, por definición es exclusivamente humana. La capacidad de encontrar el objeto que hace como si la castración no existiera, es sólo del hombre. El fetichista sólo es transgresor a los ojos del neurótico que imagina que el perverso “transgrede” o “goza”, el perverso al colocar el fetiche no hace más que ratificar que existe un orden que le precede, en este sentido más que un transgresor, como lo plantea Gerber (2004), el fetichista es un apasionado de las leyes, un religioso, un

científico que pone santos precisamente allí donde encuentra el hueco que provoca la falta, la ausencia de Dios, la ausencia de Conocimiento.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- Chemama, R. y Vandermersch, B. (2004). **Diccionario de Psicoanálisis**. Argentina: Amorrortu.
- Desprats-Pequignot, C. (1994). **Psicopatología de la vida sexual**. Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1905). **Tres ensayos de teoría sexual**. Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1915). **Trabajos sobre metapsicología**. Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1931). **El Fetichismo**. Argentina: Amorrortu.
- Gerber, D. (2004). El perverso y el goce de Dios. En **De la erótica a la clínica, el sujeto en entredicho**. Lazos: Argentina.
- Lacan, & Granoff. **El Fetichismo: Lo Real, Lo simbólico, Lo imaginario**.
- Lacan, J. (1966). La ciencia y la verdad. En **Escritos 2**. México: S. XXI, 2003.
- Massota, O. (1976). **Lecciones de introducción al psicoanálisis**. España: Gedisa.
- Tubert, S. (2000). **Freud**. Madrid: Edaf.